

IMÁGENES PARA COMPRENDER EL PASADO.
APUNTES AL PENSAMIENTO DE RALPH WALDO
EMERSON (1803-1882)

“El pasado es un país extranjero”
L.P. Hartley “The Go-between”¹

María Eugenia Góngora
Universidad de Chile

Con esta frase sugerente se inicia “The Go-between”, la novela que el autor inglés L.P. Hartley publicó en 1953 y que narra la historia de una infancia recordada y de un episodio determinante en la vida de su protagonista. El pasado –en este caso un pasado individual– se despliega como un país extranjero, olvidado y reprimido hasta el día en el que el narrador que ya ha cumplido sesenta años, sube al ático de su casa solitaria y decide abrir –literalmente– el baúl de los recuerdos. El diario de vida escrito en su infancia lo lleva no solamente a recordar, sino a revivir activamente y a intentar comprender la importancia capital de un episodio de su infancia.

Esta frase sugerente hay que leerla completa: “el pasado es un país extranjero, allí hacen las cosas de una manera diferente”. Esta *diferencia* es sin duda uno de los atractivos fundamentales de ese “país extranjero” que recorreremos tantas veces en la memoria: las historias de la infancia, el amor y la amistad vividos ya como pasado, la historia política que nos ha tocado experimentar, las “historias” –a la manera de Hesíodo– que nos sorprenden y nos atraen; los personajes, los paisajes que de pronto nos capturan gracias a una imagen vista al pasar, gracias a una melodía escuchada casualmente. Con respecto al pasado entendido como *historia*, ese sentido de la diferencia es relativamente reciente en la experiencia occidental y es importante reconocer esta evolución.

En el siglo pasado, el influyente ensayista y escritor norteamericano Ralph Waldo Emerson escribió un texto sobre la historia (*History, First and Second Series 1841-1844*)² y me parece interesante revisarlo en cuanto recoge antiguas imágenes de la experiencia humana del tiempo y del pasado y, adoptando –entre otras– ideas antiguas

¹ L.P. Hartley *The Go-between*. Hamish Hamilton, London 1953. (“The past is a foreign country. They do things differently there”).

² Hemos utilizado la edición de Carl Bode y Malcolm Cowley: *The Portable Emerson*, Penguin Books, The Viking Portable Library. N. York 1983. (Todas las traducciones son nuestras).

como la del Alma de Mundo³, sugiere una *forma* de pensar el pasado, una imagen del pasado que es cercana –a mi modo de ver– a la sugerida por la novela de Hartley y por tantos autores de relatos autobiográficos y ensayistas recientes.

En primer lugar, Emerson afirma que ese “viaje al pasado”, a ese país extranjero, tiene como objetivo principal experimentar *en el presente* por parte del sujeto que recuerda, que investiga, que busca, que viaja.

“Toda búsqueda en la antigüedad, toda curiosidad acerca de las pirámides, de las ciudades excavadas de Stonehenge, los círculos de Ohio, México, Memphis– es el deseo de dejar de lado el salvaje “Entonces y Allá lejos” para poner en su lugar el “Aquí y Ahora”.

De alguna manera, entonces, podríamos pensar que el viaje hacia el pasado, por diferente y por “extranjero” que sea ese país, serviría para anular la diferencia, la ajenidad. Esto se debería, de acuerdo a Emerson, a que tanto el ir hacia el pasado como el volver desde ese tiempo al presente, están sustentados en una realidad fundamental, la del “alma del mundo”, una especie de psiquis universal común a todos los hombres de todos los tiempos, “alma” que explicaría y fundamentaría la experiencia humana de la historia y del pasado:

“Hay una mente común a todos los hombres individuales (...) Lo que Platón pensó, cada uno lo puede pensar; lo que un santo experimentó, todos lo pueden experimentar; Lo que en cualquier tiempo le ha sucedido a cualquier hombre, todos lo podemos comprender”. (Mi destacado)

Esta afirmación de la identidad esencial de la experiencia humana no se contrapone, en el pensamiento de Emerson, con la diversidad de los tiempos y de las culturas:

“La identidad de la historia es igualmente intrínseca, la diversidad igualmente obvia. En la superficie se da una infinita variedad de objetos; en el centro se da una simplicidad de su causa”.

Lo propiamente humano sería, entonces, la percepción de la *unidad de los fenómenos* y, para Emerson, la diferencia entre los hombres residiría en sus facultades de *asociación* de los objetos, en su capacidad de re-unir los fenómenos diversos. Para él, algunos hombres clasifican los objetos de acuerdo a ciertas características accidentales, como el color o la medida; otros, de acuerdo a sus “semejanzas intrínsecas” o según las relaciones de causa y efecto que existen entre ellos.

El progreso del intelecto apuntaría a una visión más clara de las causas, visión que dejaría de lado las diferencias superficiales:

³ Para el concepto romántico del Alma del Mundo, ver el capítulo “La Unidad Cósmica”, en Albert Béguin: *El alma romántica y el sueño* (F.C.E., México, 1981). Para una historia de la idea del Alma del Mundo en Platón, es útil el libro de Oscar Velázquez *Anima Mundi: El alma del mundo en Platón*. Ediciones Universidad Católica de Chile, 1982.

“Para el poeta, para el filósofo, para el santo, todas las cosas son amables y cercanas, todos los sucesos provechosos, todos los días sagrados, todos los hombres divinos” (...) “Cada sustancia química, cada planta, cada animal en su crecimiento, enseñan la unidad de la causa y la variedad de las apariencias”.

En el pensamiento de Emerson, la unidad última de la naturaleza *no es otra* que la unidad última de la historia y, para él, toda realidad es tal en cuanto está relacionada con nuestra vida, con nuestra subjetividad.

“Estamos siempre tratando los importantes hechos de la historia en nuestra experiencia privada, verificándolos allí. Toda historia se hace subjetiva, en otras palabras no hay propiamente historia, sólo biografía”. (Mi destacado)

Es importante recordar a este respecto la admiración de Emerson por Thomas Carlyle, quien concebía el proceso histórico como “la esencia de innumerables biografías”.

En “History”, Emerson menciona personajes, períodos históricos, acontecimientos políticos, obras artísticas y literarias del pasado cercano o lejano en una acumulación erudita y fascinante que recuerda a Borges⁴ en tantos de sus textos.

En relación a la Edad Media, Emerson se refiere, característicamente, a las catedrales góticas, e interesa recordar aquí que para Emerson, como para tantos autores influyentes en el siglo XIX –mencionemos solamente a Ruskin–, el arte gótico fue *el* fenómeno artístico medieval por excelencia. Emerson supone –como otros autores– que el gótico significó una búsqueda de armonía y que nació de la analogía básica del espacio de culto con el espacio de un bosque:

“En una tarde de invierno en los bosques uno percibirá el origen del vitral que adorna las catedrales góticas, en los colores del cielo de occidente que vemos a través de las desnudas ramas entrecruzadas en el bosque”.

Quizás más significativa aún es la analogía que propone Emerson entre una obra arquitectónica concreta y su autor, analogía que llega a ser identidad; esa identidad

⁴ J.L. Borges *Obras Completas (1975-1985)*. Emecé Editores, Buenos Aires 1989. Borges, lector de Emerson, reescribe a menudo el tema del conocimiento platónico. Así, por ejemplo, en su cuento “La noche de los Dones”, en el *Libro de Arena* (1975): “... todo lo hemos visto en un orbe anterior de suerte que conocer es reconocer”. Quisiera citar algunos de sus textos poéticos y una inscripción en los que se elabora, a mi modo de ver, la relación entre hombre, historia y mundo de acuerdo a un pensamiento idealista cercano a Emerson.

- “El suicida”, en *La Rosa Profunda* (1975)
- “(...) No quedará la noche
Moriré y conmigo la suma
del intolerable universo.
Borraré las pirámides, las medallas,
los continentes y las caras.
Borraré la acumulación del pasado (...)”

universal, esa alma universal que –recordemos– es la que permite la comprensión de todo pasado y de toda obra y sentimiento humanos:

“La catedral de Strasburg es la contrapartida material del alma de Erwin de Steinbach. El verdadero poema es la mente del poeta; el verdadero barco es el constructor de barcos”.

Así como la Edad Media está vista esencialmente como “forma” arquitectónica, la Grecia antigua –en cambio– está “vista” en sus pensadores y en sus mitos, pero, en general, nos damos cuenta de que para Emerson los *monumentos*, las *reliquias visibles*, las *imágenes*, en definitiva, son las que permiten la identificación de cada hombre con todo el pasado histórico.

Son pues las imágenes, las formas visibles del pasado, aquellas que facilitan el viaje, la peregrinación, ese desplazamiento de la memoria asistida por la vista, así como en la novela de Hartley el recuerdo de la infancia y la comprensión de su significado es posible solo gracias a la relectura de un diario de vida y de las figuras dibujadas en ese diario.

En su ensayo, Emerson no llega a plantearse el problema de la fragilidad de la memoria ni de la destrucción de los monumentos, esos soportes visuales de la capacidad humana de recordar –más bien de revivir– las experiencias humanas: la existencia del alma del mundo, la psiquis común a todos los hombres en todo tiempo supondría, por cierto, la superación de toda fragilidad, de toda destrucción, y es justamente esa alma universal aquella que permite la realidad (y la unidad última) de naturaleza e historia la que da la *forma* a ese pasado que es al mismo tiempo un país extranjero y un país propio, una patria común a todos los hombres.

- “Llueve. Quince Monedas”, en *La Rosa Profunda*

“¿En qué ayer, en qué patios de Cartago
Cae también esta lluvia?”

- “Génesis IV, 8. Quince Monedas”, en *La Rosa Profunda*

“... Hubo por vez primera la muerte.
Ya no recuerdo si fui Abel o Caín”.

- Inscripción. *Historia de la Noche* (1977)

“Por los mares azules de los atlas y por los grandes mares del mundo. Por el Támesis, por el Ródano y por el Arno. Por las raíces de un lenguaje de hierro. Por una pira sobre un promontorio del Báltico, “helmum behongen”. Por los noruegos que atraviesan un claro río, en alto los escudos. Por una nave de Noruega, que mis ojos no vieron. Por una vieja piedra del Althing (...) Por el pecado de soberbia del samurai. Por el Paraíso en un muro. Por el acorde que no hemos oído, por los versos que no nos encontraron (su número es el de la arena), por el inexplorado universo. Por la memoria de Leonor Acevedo. Por Venecia de cristal y crepúsculo.

Por la que usted será; por lo que acaso no entenderé.

Por todas estas cosas dispares, que son tal vez, como presentía Spinoza, meras figuraciones y facetas de una sola cosa infinita, le dedico a usted este libro, María Kodama. (Mi destacado)

Buenos Aires, 23 de agosto de 1977”.

Si pensamos en las adhesiones intelectuales de Emerson al “trascendentalismo” idealista, fundamentalmente, y también al pensamiento de Carlyle, es posible ver hasta qué punto las intuiciones propiamente estéticas y poéticas se hacen patentes en su pensamiento sobre la historia y de qué manera un concepto tan “arcaico”, prestigioso –y discutible, por cierto– como es el alma universal, sirve como causa y agente del proceso histórico en su dimensión esencial, que es la subjetividad humana individual y colectiva a la vez. De hecho, Emerson plantea en su ensayo que cada hombre vive en su propia vida personal las diferentes grandes etapas de la historia y puede revivir “las fábulas de Homero, de Hafiz, de Ariosto, de Chaucer y de Scott”, verificándolas con su propia experiencia. En definitiva, el mundo existe “para la educación de cada hombre”.

Desde luego, es posible comprender mejor el pensamiento de Emerson en el contexto de los grandes relatos interpretativos del siglo XIX. En este sentido, es importante recordar que son los grandes tropos literarios (metáfora, sinecdoque, metonimia e ironía), las “figuras” que Hayden White propone para comprender el pensamiento histórico del siglo antepasado. En su ya clásico texto *Metahistory. The historical imagination in Nineteenth Century Europe* (The Johns Hopkins University Press, Baltimore 1973), White plantea que estos grandes tropos están en la base de las estrategias que sustentan los principales “modos de conciencia histórica”; cada uno de estos modos de conciencia provee la base de un protocolo lingüístico distintivo, gracias al cual las estrategias específicas de interpretación histórica pueden ser utilizadas para “prefigurar” un campo histórico y, al mismo tiempo, explicarlo. White sostiene que estos *modos* de conciencia histórica constituyen en realidad una formalización de intuiciones poéticas que preceden las estrategias y las teorías utilizadas en cada caso. El fundamento para escoger una determinada perspectiva sobre la historia será en último término estético o moral, y su justificación epistemológica está aún por realizarse.

Por otra parte, en un libro publicado en 1985⁵, el historiador norteamericano David Lowenthal toma como título la frase ya citada de la novela de Hartley para revisar en forma amplia los “usos del pasado”: el deseo, la nostalgia, el conocimiento y el rechazo del pasado.

A propósito de la famosa querrela de los antiguos y modernos (repetida más de una vez en la historia occidental), Lowenthal problematiza la actitud de los pensadores norteamericanos frente al pasado. Lowenthal plantea que en la mayoría de los llamados “Padres fundadores” –y entre ellos R.W. Emerson– se da una profunda ambivalencia frente al pasado y, concretamente, al pasado europeo.

De acuerdo a Lowenthal, el pasado había perturbado ya a los puritanos colonizadores en el siglo XVI, y las circunstancias propias de una sociedad fronteriza habían hecho difícil para los hijos y nietos de los fundadores seguir los preceptos de sus antepasados. La herencia imperial británica llegó a ser por cierto una pesada carga, y fue fácil establecer una analogía organicista entre el “pasado” europeo en declinación

⁵ Lowenthal, David: *The past is a foreign country*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

y el “presente” de América, como mundo juvenil exento de los males de la decadencia y de la vejez. “Todo lo viejo está corrupto, el pasado se convierte en serpientes”, escribía Emerson en 1870 (Cit. por Lowenthal, op. cit. p.105).

Lo que parece importante es mostrar cómo el mismo Emerson, intentando superar su ambivalencia, plantea una suerte de intemporalidad o de un anacronismo esencial a través de la postulación de un alma universal que asegura la posibilidad del conocimiento del pasado y de la historia.

En este sentido, el “viaje al pasado” como a un país extranjero se fundaría, no en una ilusión de conocimiento, sino en un experimentar *aquí y ahora* los fenómenos del pasado, gracias al alma universal que es común a todo hombre y está en la base de toda realidad histórica y natural.